



EL QUE TRAE LA SALUD A LOS ENFERMOS

Escrito dominical, el 1 de febrero

¿Está el hombre enfermo? La frase puede sonar a necesidad, pues todos sabemos que nuestra salud, aún la de los más sanos, puede tornarse en enfermedad. La frase, pues, puede ser verdadera. Pero yo estoy pensando en otra cosa: el ser humano siempre tiene sed de algo. Y al deseo le acompañan la inquietud, la prisa, la irritación sorda, pero constante que la lucha por la vida pone en él. Y está el pecado. ¡Vaya! Ya salió la palabra, traída y llevada, usada y manida. ¿Tiene sentido hoy la palabra pecado, que antes aterrorizaba?

¿Tiene paz el hombre? Si no la tiene es que el pecado no le deja encontrarla. Nunca acabamos de encontrar la vida que deseamos, y, para colmo, la muerte está constantemente en el horizonte. Estamos enfermos, pues, si no nos enfrentamos con la pregunta más acuciante de un verdadero hombre o mujer: “¿qué es mi vida?; ¿cuál es el sentido de mi vida?”. ¿Quién puede sanar al hombre, haciéndole aceptar la verdad sobre su ser? ¿Quién puede dar solución a su inclinación al mal, al oportunismo, al abuso y al egoísmo, de quien él mismo es el gran derrotado?

San Juan Bautista, al presentar a Jesús, dice: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29); y, “al día siguiente”, cuando estaba con dos de sus discípulos, fijándose en Jesús les indica: “Este es el Cordero de Dios”. ¿Quitará Jesús el pecado del mundo y dará la paz consigo mismo, salud moral y libertad interior? Sería interesante, porque esas tres cosas se oponen a más dinero, más cosas, más poder y más acumulación de bienes, más experiencias y más hambre, hasta que la lucha diaria por conseguir todo cuanto acabamos de enumerar. He aquí el verdadero pecado del hombre. Y no se trata, como algunos piensan, de “deficiencias” del ser humano (“Somos así”, declaramos tantas veces); se trata de “pecados”. Y tenemos Abogado ante el padre de los cielos para subsanarlos (cfr. 1 Jn 2,1).

Todos hemos delinquido y necesitamos ser curados por la luz de Dios, por el reencuentro con la Verdad (cfr. Rom 3,23). Pero estoy hablando a cristianos, a hombres y mujeres a los que se les puede mostrar el camino: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Sí. El hombre y la mujer experimentamos siempre en la tierra cierta hambre. Pero el mal hondo procede de dentro de nosotros, así como la salud moral y la paz nace de dentro. Hay que luchar por el ser humano. Hay que levantar las condiciones de la vida humana en la medida de lo posible. Hay que unir nuestro esfuerzo honrado al de los hombres que luchan en la construcción de la ciudad terrena.

Pero no podemos olvidar el rumbo. No podemos pecar contra la Verdad. Consideremos esta escena evangélica: “Le presentaron un paralítico (a Jesús) para que lo curara” (Mt 9,1). Tenía este hombre necesidad de salud corporal. Pero el comienzo de la respuesta de Jesús desconcierta a nuestro equivocado afán de ver las cosas: “Confía, hijo, tus pecados quedan perdonados”. Y es que Cristo mira al fondo. Del mal que tiene postrado el cuerpo de aquel hombre ha pasado al mal profundo de aquel hombre y de todo hombre. Porque mientras el hombre siga poniendo su “ser” en las cosas, mientras el hambre no redescubra la más profunda dimensión de su ser, mientras el tener más y el poseer más sean los determinantes de nuestra conducta, el hombre seguirá enfermo. El hombre seguirá pecando contra la Verdad.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LEJOS DE NOSOTROS LA INSENSIBILIDAD

Escrito dominical, el 8 de febrero

Lejos de nosotros la insensibilidad ante lo que pasa en nuestro mundo, lejos las posturas fáciles de dolernos simplemente ante cuanto acontece y trae dolor a nuestros hermanos, los de cerca y los de lejos. La carencia de derechos y bienes imprescindibles para la vida (la comida, el agua, las condiciones higiénicas y de salud, el trabajo, la vivienda, la posibilidad de desarrollo y el crecimiento cultural) nos duelen y mucho. Pero si queremos llegar al fondo de la cuestión, hemos de tener en cuenta otras miserias, otras pobrezaas.

¿No son suficientes las enumeradas más arriba? Pienso que no, pues existe la miseria moral, que hace a las personas caer en esclavitudes sin fin, por culpa suya, estropeando el sentido de la vida. Dirán que son libres para elegir el tipo de vida que ellos eligen. Ciertamente y es su responsabilidad. Pero también hay esclavitudes, como refirió el Papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2015, que están originadas por condiciones sociales injustas impuestas por instituciones y personas concretas, que acarrearán desigualdad respecto a los derechos, por ejemplo a la salud y a la educación. Es una miseria espiritual que se impone a personas concretas.

¿Cómo responder a estas miserias, pobrezaas tremendas? Me temo que equivoquemos el camino y no encontremos una senda difícil, pero justa que se enfrente a esas miserias humanas. No es acertada, por ello, la postura de olvidarnos “de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), pues no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos” (Papa Francisco, Mensaje para la Cuaresma 2015).

El Papa llama a esta actitud “globalización de la indiferencia”. Y Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de todo hombre; salvación que no es “espiritual”, si es que damos a este adjetivo el sentido de no concreta, o del alma sin el cuerpo, que necesitan auxilios concretos. Esa es la concreción que desea Manos Unidas en su Campaña contra el Hambre en el mundo para 2015: la vivencia de la solidaridad/caridad en toda su profundidad. Son los proyectos reales que, pedidos por comunidades concretas, son expuestos y abordados en su concreción.

Evidentemente estos proyectos se oponen a una economía de exclusión y de iniquidad, que dice el Papa en *Evangelii Gaudium*, 53, que muestra a las claras la grave carencia de orientación de las finanzas, que reduce al ser humano a la sola necesidad de consumo. ¿Nos sirve de ejemplo la corrupción y la evasión fiscal egoísta, o el estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas? Manos Unidas, sí, denuncia las causas de la pobreza, pero indica y pone en marcha acciones concretas para acabar con ella.

De nuevo, pues, los voluntarios de Manos Unidas, llaman a nuestras puertas con sus movilizaciones, sus trabajos para conseguir financiación para sus proyectos, que podéis perfectamente conocer en vuestras parroquias o entrando en toledo@manosunidas.org. Son proyectos agrícolas, sanitarios, de promoción de la mujer, educativos o de promoción social. Como organización de la Iglesia diocesana nos recuerdan sus acciones lo que dijo san Pablo: “Si un miembro sufre, todos sufren con él” (1 Cor 12,26). La caridad de Dios rompe esa cerrazón mortal en sí mismos de la indiferencia, a que nos hemos referido más arriba. Es lo que ofrece la Iglesia con sus enseñanzas y que queremos alcanzar con nuestro testimonio. Dios os pague vuestro interés y apoyo.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

INDIFERENCIA HACIA EL PRÓJIMO Y HACIA DIOS

Escrito dominical, el 15 de febrero

Tras unas semanas en las que hemos vivido el misterio de Cristo durante el “Tiempo ordinario”, la Iglesia nos dice que es preciso entrar en la preparación anual de la Pascua del Señor

con la Cuaresma, pues el Triduo pascual será del 2 al 5 de abril próximo. Es una llamada a todos los fieles. La Cuaresma, en efecto, es un tiempo de renovación para la Iglesia, para las comunidades sobre todo parroquiales y para cada uno de los que creemos en Cristo. Es un “tiempo de gracia”, como refiere san Pablo en 2 Cor 6,2.

¿Acaso les importa a Dios y a su Hijo Jesucristo la vida de cada uno de nosotros? El Papa dice que sí, que no somos indiferentes para Él: está interesado en cada uno de nosotros, “nos conoce por nuestro nombre, nos cuida y nos busca *cuando lo dejamos*” (Carta para la Cuaresma 2015). Tenemos la tendencia de creer que lo que nos pasa le tiene sin cuidado a Dios. Tal vez porque nosotros cada vez somos más insensibles a lo que pasa a nuestra alrededor, y nos olvidamos de los demás. Somos indiferentes y nos olvidamos de los demás. Corazón indiferente, comenta el Papa, que olvida lo que les pasa a los demás.

Por ello el Papa Francisco quiere hablarnos en su Mensaje de Cuaresma de la “globalización de la indiferencia”, hacia el prójimo y hacia Dios. Siempre van juntas y son una tentación real para el pueblo cristiano. El Papa subraya una reflexión ciertamente interesante: el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Por eso es tan importante que la caridad de Dios, que es la que rompe esa cerrazón mortal en sí mismos de la indiferencia, sea ofrecida por la Iglesia con sus enseñanzas y, sobre todo, con su testimonio. Quiere esto decir que mi vivencia del amor al Señor y al prójimo ayuda en Cuaresma a romper esa cerrazón del mundo a los más pobres y necesitados, y que yo puedo encarnar a Cristo en este tiempo de purificación y renovación.

El cristiano, en realidad, es el que permite a Dios que lo revista de su bondad y misericordia, de Cristo, para llegar a ser como Él. Y eso es justamente lo que necesitamos: otros cristos, su Cuerpo que es la Iglesia, para la misericordia del Padre no sea teórica sino real. Es una experiencia a la que el Papa nos invita. ¿Cómo lo haremos, hermanos? Ante todo, la Cuaresma es tiempo para escuchar más la Palabra de Dios, no sólo los domingos, sino, si podemos, a diaria. Y si podemos recibir la Eucaristía, porque nos hemos confesado, sabemos que nos convertimos en lo recibimos: el Cuerpo de Cristo. Y estamos seguros de que así Jesucristo nos saca de la indiferencia, porque Él no es indiferente.

Si formas parte de una parroquia o de otra comunidad cristiana, y así debe ser, lo que acabamos de exponer ha de traducirse en su vida. Y, como estamos en un curso pastoral en el que intentamos con la gracia de Dios convertirnos pastoralmente, mi pregunta es parecida a la del Papa: ¿se tiene la experiencia en tu comunidad parroquial de que formamos parte de un cuerpo? ¿Somos un cuerpo que conoce a sus miembros más débiles, pobres y pequeños, que se hace cargo de ellos, pues recibe y comparte lo que Dios quiere donar? ¿O nos refugiamos en un amor universal, que no se compromete, que pide por los pobres sólo en la oración de los fieles en la Misa del domingo? Dice el Papa: “Cuando la Iglesia terrenal ora, se instaura una comunión de servicio y de bien mutuos que llega ante Dios”.

Quiero decir, hermanos, que toda comunidad cristiana está llamada a cruzar el umbral que la pone en relación con la sociedad que la rodea, con los pobres y los alejados. Lo hemos escuchado muchas veces: la Iglesia es por naturaleza misionera, y no debe quedarse replegada en sí misma, sino que es enviada a todos los hombres. La misión, insiste el Papa, es lo que el amor no puede callar. La Iglesia sigue a Jesucristo por el camino que la lleva a cada hombre, hasta los confines de la tierra. Meta para esta Cuaresma: que cada uno de nosotros y nuestras comunidades seamos islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia. O, también, oasis en medio de un desierto donde la gente tiene el peligro de perderse.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¿POR QUÉ SE HACÍAN CRISTIANOS? (I)

Escrito dominical, el 22 de febrero

El Papa Francisco nos impulsa cada día a acercarnos a las periferias, sobre todo a todo hombre y mujer que necesitan de Jesucristo. Muchas están bautizadas y se alejaron de la Iglesia, o los que estamos “dentro” nos alejamos de ellos. Otros, no importan el número, piden el Bautismo. Nuestra Diócesis tiene implantado el Catecumenado bautismal para adultos y niños en edad escolar. Es importante, sin duda. Pero me pregunto a mí mismo: ¿cómo se hacían cristianos en

los primeros siglos, cuando las certezas que hoy vemos derrumbarse todavía no existían? ¿Por qué ahora hay personas que se hacen cristianos?

Tal vez sería preferible reflexionar un poco sobre qué significa hacerse cristiano en la sociedad actual. Y todavía, ¿qué significa hacerse cristiano en esta sociedad nuestra que entiende la beneficencia como campaña de imagen y gusta añadir el adjetivo “solidario” a casi todo, para que sea mejor aceptado lo que hacemos; en una sociedad que legitima el aborto, la esclavitud real y todo tipo de permisividad en materia sexual? Lo cual llama poderosamente la atención, pues entre nosotros, algunos o muchos de esta sociedad practica tranquilamente la magia, la brujería y al superstición, siendo tan “modernos”. Hemos visto, incluso, cómo se ha pretendido en determinados casos no admitir ni la objeción de conciencia para la comisión de determinadas acciones porque éstas “son conquistas progresistas”.

En esta sociedad nuestra, en la que gracias a Dios hay muchos buenos creyentes que dan testimonio de Cristo, ¿qué efecto produce el descubrimiento de Cristo en los alejados o en los no cristianos? En la época apostólica, los autores del NT en sus escritos se dirigen así a los recién bautizados: “Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las promesas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes eráis no-pueblo, ahora sois pueblo de Dios; los que antes eráis no compadecidos, ahora sois objeto de compasión” (1 Pe 2,9-10). También de esta otra manera: “Ahora, en cambio, deshacedos todos vosotros de todo eso: ira, coraje, maldad, calumnias y groserías, ¡fuera de vuestra boca! ¡No os mintáis unos a otros... os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen del Creador...!” (Col 3,5-10).

¿Cómo sonarían en un cristiano recién convertido desde el paganismo estas exhortaciones, en el contexto del primer siglo? Porque no era aquella una sociedad superlaicista como la nuestra. En estos pasajes del NT lo que se dice a los recién bautizados no es únicamente de índole moral o moralista. Las expresiones y las imágenes utilizadas por los autores bíblicos para describir la conversión son muy variadas: está el tema de la **elección**, del paso de ser “no pueblo” a estar dispersados y anónimos a la creación de un **pueblo**; está la insistencia en la conversión como descubrimiento de un **don recibido** (la misericordia) de proporciones y significado antes inimaginables para quienes anteriormente sólo conocían una benevolencia, es decir, un gesto de alguien que, para mostrar que era superior, podía dignarse condonar una pena o conceder una limosna; está también la imagen del paso de las **tinieblas a la luz**, que muestra que la conversión genera una nueva capacidad de conocer.

Es interesante considerar en Cuaresma cuanto estamos describiendo sobre la conversión y el paso a ser bautizados y sentirse cristiano. Estoy convencido que a todos los bautizados se nos escapa de algún modo qué dignidad y riqueza hemos adquirido siendo “acristianados”. Volveremos la próxima semana sobre el tema. Haremos bien igualmente a los adultos que se preparan para el Bautismo en la próxima Pascua.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España